

Columnas Estatales

18 octubre 2025





Paul Valdés

Narrativa por encima de gestión

La popularidad en tiempos de la 4T, no se mide por datos, por eficiencia o por recursos destinados a emergencias, sino por la convicción de que el gobierno "está del lado del pueblo". La oposición claramente, ha dejado de hacer su rol: luce desarticulada, débil y falta de credibilidad. Y ahí, incluso ante desastre y corrupción, el obradorismo y ahora el claudismo, han logrado posicionarse casi como un monopolio de dicha narrativa.

Popularidad y gestión gubernamental suelen confundirse como si fueran lo mismo, cuando en realidad representan cosas distintas del poder político. Popularidad se basa en empatía, cercanía emocional, identidad simbólica. Típicamente las encuestas preguntan por la aprobación del gobernante; en tanto que desempeño mide la gestión en resultados concretos: salud, economía, seguridad, servicios públicos.

Las autoridades son evaluadas de mejor manera en popularidad que en el caso de Claudia Sheinbaum promedia 75%, que en desempeño en áreas sustantivas como economía, seguridad pública y salud. En otras latitudes, los gobernantes son castigados en función de su desempeño. En México, la identidad ideológica o partidista a favor de Morena representa un sólido escudo para sortear casi cualquier crisis, así haya sido la caída de la línea 12 del Metro de la CdMx, los escándalos del *huachicol* fiscal, o la probable vinculación de altos dirigentes partidistas con un grupo delincuencia.

Las recientes crisis por lluvias y desbordamientos de ríos en Hidalgo, Puebla, Veracruz y Querétaro dejaron miles de damnificados. Faltó previsión para alertar a la población o en todo caso capacidad de reacción, o faltan recursos para atender a la población. Eso no parece afectar la popularidad de los gobernantes. El hace evidente.

A pesar del escándalo político, que en otras latitudes significaría pérdida de credibilidad y de confianza institucional, en México, la narrativa del partido gobernante no solo resiste, sino que persuade. ¿Por qué?

La 4T ha construido una poderosa narrativa que va más allá de la gestión, la transformación del país como empresa moral: primero los pobres y combatir la corrupción para acabar con los privilegios de una élite.

Cuando llega una crisis meteorológica, institucional o política, esos ideales se activan como

defensa simbólica: el desastre no se percibe como fracaso, sino como desafío que hay que superar colectivamente. Desde la mañana se comunica que están atendiendo, que se movilizan, que trabajan para aminorar el daño.

La narrativa descrita mantiene viva la polarización "pueblo contra la élite". Cada crisis se explica como consecuencia de décadas de abandono o privilegios. Esta polarización refuerza la popularidad porque le da al seguidor un sentido de pertenencia: "yo estoy con los que luchan", "soy parte del cambio". Así, se minimiza la responsabilidad institucional real, pues los fallos se atribuyen a sabotajes, resistencias antiguas o corruptelas previas.

Aunque muchos damnificados sienten que los apoyos llegan tarde o son insuficientes, la comunicación logra generar la percepción de acción. La popularidad se nutre más de lo que se siente, que de lo que se hace, o de lo que realmente se ha conseguido.

No cualquier gobierno soportaría un escándalo como el *huachicol* fiscal sin mayores pérdidas en la aprobación. Pero la estructura política de la 4T ha sabido aislar y canalizar las críticas. Autores mediáticos, figuras opositoras, denuncias judiciales: nada ha provocado aún una fractura notable en la base de seguidores. Parte de esto se debe a que se ha convertido en un expediente permanente: es el "el único que lucha contra la corrupción" para otros.

En medio del dolor por las lluvias, en la furia ante la corrupción, lo que muchas personas reclaman no es tanto eficiencia técnica, sino sentirse escuchados, reconocidos y acompañados.

Esa es la zona donde Morena se mueve como pez en el agua.